

RESEÑA

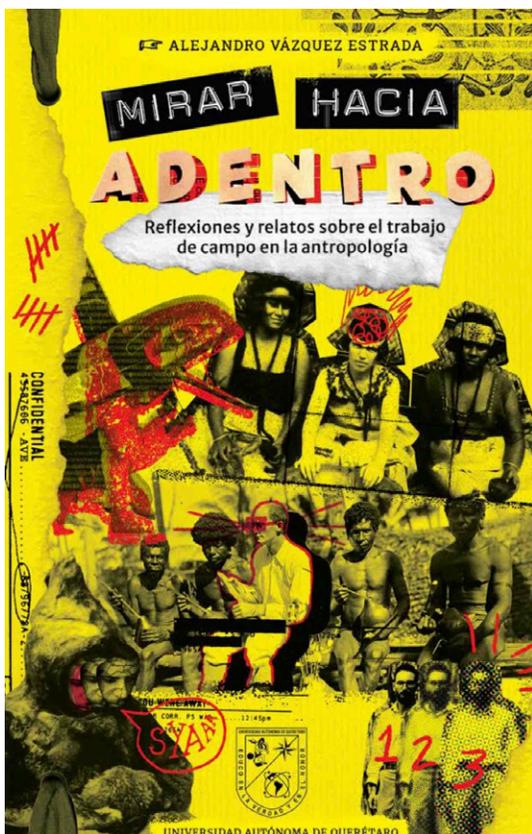
ANDAR LA ANTROPOLOGÍA

María del Carmen Castillo Cisneros
INAH

En su libro *Vivir con nuestros muertos*, la rabina francesa Delphine Horvilleur apunta la importancia, en la tradición judía, de narrar la vida de los que han fallecido a manera de recordar un legado y comenzar un duelo que, acompañado de ritos y ceremonias, ayuda a paliar la soledad y la incertidumbre de una muerte. Se preguntarán a cuenta de qué traigo, a esta reseña, pinceladas de velorio. No se apuren, sólo es algo que me vino a la mente, entre muchas tantas cosas al leer este libro y la idea con la que quiero comenzar a hablar de la escritura de Alejandro Vázquez, colega antropólogo con el que me unió el trabajo etnográfico dentro de un proyecto nacional que nos formó como antropólogos en campo.

Para ello, quiero enfatizar la importancia de NARRAR como ejercicio crucial que envuelve a nuestra disciplina, no sólo en términos de los resultados de nuestras investigaciones sino, como se apunta dentro del libro, para dar cuenta “de la magia y los rituales de los que hacemos antropología”, que casi siempre quedan fuera de lo publicado para consumo de la ciencia social, pero que, en gran medida, definen nuestro quehacer.

El autor, con una prosa ágil y, por qué no, con párrafos cuasi poéticos, nos adentra en los intersticios de un peculiar oficio por demás sensorial del que, una vez inoculado, uno no vuelve más. En el ejercicio narrativo que nos regala, que incluye experiencias, retos, dilemas, creatividad y muchas dosis de incertidumbre, se plasman el ir y venir que todos los antropólogos en ciernes debemos pasar para, una vez desvelados los códigos que implica esta seductora ciencia de lo humano, podamos atravesar el umbral y unirnos a sus filas.



Vázquez Estrada, Alejandro (2021).
*Mirar hacia adentro. Reflexiones y relatos
sobre el trabajo de campo en la antropología.*
Universidad Autónoma de Querétaro.

A través de una confortable y divertida narración, el autor nos habla del trabajo de campo y sus vericuetos, de cómo se inicia el viaje a ese lugar recóndito no necesariamente en distancia territorial sino mental y cómo es que uno se incorpora a esos mundos otros en los que prima la observación y participación como bien lo estipulan las tablas de la ley de nuestro querido profeta Malinowski.

Se nota cuando un antropólogo ha trabajado el tema de ritualidad. Alejandro Vázquez no es la excepción; su texto, que entre líneas roza las fronteras de la liminalidad, al mero estilo que acuñó Arnold Van Gennep y que después desarrolló a profundidad Víctor Turner, nos muestra los estadios del rito del trabajo de campo que atraviesan el cuerpo del antropólogo desde que es enterado para hacer una práctica, hasta el momento de la preparación de su equipaje y la llegada a ese lugar nuevo donde le esperan los más insospechados encuentros.

Trayectos, caminos, tropiezos, vueltas en U, meter reversa, saltos cuánticos, veredas que siempre presentan una Y griega, decisiones, trampas de cazador y ríos crecidos, son sólo algunas metáforas para describir la infinidad de rutas que la Antropología ofrece cuando uno practica el trabajo etnográfico en campo y decide andar la antropología.

Para cualquier antropólogo es inevitable verse en las letras del autor y, a través de sus páginas, hacer un *Mirar hacia adentro*. En este sentido, para Vázquez, contar-se a sí mismo como recurso constante en este libro, implica que alguien más pueda encontrarse ahí. En eso reside la magia de las escrituras del yo, donde a través de enunciaciones testimoniales los autores nos adentran a un mundo que sólo los que hemos experimentado podemos oler a distancia. Así, en este relato autosociobiográfico, al estilo Annie Ernaux, el autor se confronta con sus propias vivencias contándonos lo que también nos pasó a otros que, como él, optamos por la Antropología como una forma de ser y estar planetaria.

Muchos nombres de ilustres antropólogos de ayer y de hoy están incluidos en los folios que miran adentro. Esos clásicos inmortales que viven siempre en nuestras cabezas y que uno trata de comprender a temprana edad pero, que ya crecidos, dando una segunda oportunidad se vuelven música para nuestros oídos. De ahí que visitar en la antropología se presenta como un continuo descubrimiento que asiduamente ejercitamos. Volvemos a nuestros diarios, volvemos a la bibliografía, volvemos a las comunidades... porque uno vuelve siempre a donde amó la vida y, como deja ver la obra de Alejandro Vázquez, qué es la Antropología sino un primer amor indeleble.

Leer este libro como antropóloga formada fue colocar un espejo donde encontré muchos reflejos similares, pero también otros tantos dispares. A pesar de pertenecer a la misma generación, esta lectura me mostró puntos de encuentro y de desencuentro. En ocasiones, me sentí mayormente reflejada con una generación anterior, esa que hacía trabajo de campo en soledad, habitando un lugar lejano por tiempo prolongado tratando de entender una lengua. Desde la universidad, el campo lo hice sola; después en Oaxaca para el proyecto de etnografía, hice trabajo de campo con una compañera de la universidad. A mis 22 viví por un año completo en tierra tacuate. No tuve estación de campo como se relata en el libro, nunca fui acompañada por algún profesor a mi primera experiencia. Creo que yo pertenezco a ese clan de estudiantes a los que aventaron como al Borrás; de los que pisaron comunidades que, si bien, habían sido anteriormente trabajadas, no habían sido necesariamente visitadas por mis maestros. Sin duda, se trataba de otro México y eso podía encomendarse sin miedos o riesgos, cosa que no imagino ahora para mis alumnos, a quienes suelo acompañar en sus primeras incursiones y a quienes por regla general mando siempre a lugares donde yo he estado o donde tengo contactos, siguiendo lo que Alejandro plantea como abrir un camino para los que vienen detrás nuestro. En ese sentido, comparto la idea que en las primeras páginas se plan-

tea, de que “no hay tiempos mejores ni peores, sino distintos, y eso a su vez querrá decir que no hay antropólogos ni antropologías buenas ni malas, sino dinámicas, diversas y plurales”, pero eso sí, el antropólogo siempre será un kamikaze cultural. Como dice el autor: “Profesión, vocación y pasión que marca cada centímetro de la piel”, la antropología de principio a fin resulta una aventura que escapa de manuales, pues cada uno la vive y la aprende desde la propia dermis, moldeando métodos de aproximación dinámicos que abrevan de todos los que nos antecedieron a la vez que innova para no perder su contemporaneidad.

Mirar hacia dentro nos ofrece un itinerario, un plan de acción que estima los imponderables, rememorando el quehacer de nuestros propios ancestros o personajes míticos que han alimentado a través de los años una disciplina que se reescribe día a día. Por eso, la necesidad de NARRARLA es, a la vez, vivir de mejor manera el duelo que provocan esas nostalgias de la primera vez, y ser fuente de inspiración para adentrarse a un ritual que el autor, yo y muchos otros deciden repetir día a día en el insistente afán por comprender una otredad que siempre nos hará *Mirar hacia adentro* narrándonos a nosotros mismos.